AMANTES FURTIVOS

ATDRIEL

Image not found.

Capítulo 1

Y la vi pasearse y yo…yo no sabía dónde colocar la mirada. Por ahora me conformaba con mirarlas. Tal vez su rostro, los pechos, la cintura, la cadera, las piernas o su endiablado trasero. Nadie me espera y nadie sabe a dónde voy. Pero ella…ella sí creo que sabe a dónde va. Y se va yendo mi oportunidad, no se me puede escapar. Permanecí callado por estrategia, seguí caminando. No quiero decir que me sentía nervioso, solo esperaba el momento preciso. Cuando una mujer te hechiza de cierta manera, no hay forma de sacártelo de la cabeza. Y por mi cabeza pasaba las más extremas obsesiones. Ya había caminado unos cien metros, y vi como aquella mujer no se había dado cuenta que la seguía. Será que mi instinto felino hizo que no se diera cuenta?...huum…pues, la presa estaba muy cerca. Espere que subiera. Era un hostal. Justo por la puerta de entrada, afuera, estaba una señora que vendía sus golosinas. Compre un cigarrillo y contemple la calle por última vez. La noche caía en la ciudad, y la gente volvía a sus casas después de una jornada más de trabajo. Pero para mí, el trabajo recién iba a empezar. Entonces subí las escaleras, no había nadie en la recepción. Al parecer el encargado tendría urgencias fisiológicas que jugaron a mi favor. Ya en el pasillo de la segunda planta, a media luz, una silueta desaparecía tras cerrarse la puerta. Pude divisar sin equivocarme, que era el mismo pantalón rojo granate el que vi. No había duda que era ella. Habitación 202. Me gusta ese número…escuche voces que venían de las escaleras. Eran una pareja de novios eso creí, pero por la facha de la chica, me dio entender otra cosa. Llevaba rasgado el panti rosa de la pierna derecha y se tambaleaba. O estaba borracha o drogada. Me hice a un lado para que pasaran. Tomaron la habitación al final del pasillo. Yo los miraba un tanto nervioso, sabiendo lo que se vendría para mí después. Una vez me dijeron, o tal vez lo pensé, si lo vas a hacer, hazlo de la mejor manera, si te equivocas, no te preocupes porque si no lo intentas, nunca sabrás lo poco importante que es equivocarse. Solo sabía que se llamaba Heymi. Y había pasado mucho tiempo desde la última vez. Me recordaría..? Toque la puerta del 202. Demoraba en abrir, supongo que se estaría bañando, con tanto calor que se sentía, era verano. Espere un rato y volví a tocar. Escuche un ruido extraño desde el otro lado de la puerta. Parece que me abriría finalmente. Debo reconocer que estuve un poco tenso. Vi como la puerta se abría lentamente, hasta darme cuenta que estaba allí, la mujer que tanto deseaba. No me equivoque, había salido de la ducha justamente para atenderme. Una toalla azul floreada le tapaba parte del cuerpo y la otra, completamente rosada lo envolvía la cabeza. Por un momento, vi la sorpresa en su rostro al verme ahí parado. Le dije, Hola,…soy yo. Me miró fijamente como tratando de recordarme. Tú eres… me dijo. Espere que pronunciara mi nombre: Jack…!, no le dije. Soy Frank… el del libro. Ahhhhh…el libro, sí ya recuerdo, respondió. Cuando espere que me dejara pasar, me dijo con cierta molestia: ¡ Qué quieres! Trate de suavizar la situación y le dije: una promesa es una promesa, y por eso he vuelto. Heymi pensó qué responder, miró hacia el

interior de la habitación como queriendo buscar una respuesta. Me miró fijamente a los ojos, baje la mirada como para que pensara bien lo que iba a decir. Bien…dijo…para que sepas que soy una mujer de palabra, voy a cumplir esa promesa. Al rato me sentí aliviado, pensé que me rechazaría hasta que me vi nuevamente muy cerca a su lado, al escuchar esa bendita palabra: ¡Pasa, ponte cómodo!

El libro me hizo volver hacia ella. Lo habría leído con su suma dedicación, captando de seguro el mensaje que ella supiera recordar, de la historia que contaba el libro. Porque esa historia, sólo podría entenderla ella, ella para quien el autor habría pensado escribirla. Y yo, como escapado de esa historia, venía a encarnar al personaje que Heymi tal vez, estaba esperando que yo lo representara.

Entonces me puse cómodo. Me senté al borde de la cama, ella había vuelto al baño, para tal vez retocarse un poco o hacer otra cosa. Me hablaba desde allí. Pensé en lo que pasaría después. Me gusto la historia del libro que me regalaste, me dijo. Lo tengo bien guardado y cada vez que lo veo me acuerdo de ti, añadió. Me puse contento al escuchar eso de ella, creí que no me tendría en cuenta. Sabes, a pesar de la distancia y el tiempo, he aprendido a valorar lo fugaces de tus visitas. No sé en qué andas pero me hace bien verte cuando te apareces así de la nada. Es como si me vigilaras y supieras aparecerte en el momento preciso. Eso me gusta de ti. Sí, le dije. De alguna forma estamos conectados. Y creo que va a hacer muy difícil que me olvide de ti, sobre todo por lo que tú me sabes ofrecer. Heymi me había estado hablando desde el umbral de la puerta del baño, que a contra luz dejaba ver su insinuante esbeltez de su cuerpo. Cuando de pronto me miro de una manera que reclamaba cierta complicidad. Suavemente cogió el borde de la toalla que le cubría, he hizo que se callera lentamente al suelo rozando el costado de su cuerpo. Y se puso a contonear sensualmente ante mí, mirándome lascivamente sin quitarme la mirada. Era ella nuevamente, sexualmente provocativa. Y yo mirándola hasta hervirme la sangre de excitación. Cogió frenéticamente la toalla, que cubría su cabeza y me lo arrojo, estaba ante mi completamente desnuda. Cuando de pronto se acercó hacia mi gateando de una manera sensual como una gata en celo. Sentado yo, comenzó a quitarme los pantalones, primero con las manos para luego hacerlo también con la boca. Me acariciaba las piernas velludas con ambas manos y me las besaba. Y con cierta destreza, me fue sacando los calzoncillos con la boca. No dejaba de mirarme lascivamente y eso me excitaba más. Mi miembro se endureció y ella no hizo más que lamérmelo como nunca antes lo había hecho. Parecía que lo hacía con amor. Le cogí la cabeza y le acariciaba su castaño cabello que olía muy bien. Ella me lo agradecía con un gesto de aprobación. Y continuaba lamiéndomela por un buen rato más. Era insaciable. Se excitaba cada vez más, cuando en eso mostro toda su fiereza, al cogerme de improviso la polera y rasgármelo violentamente. Y me beso tan frenéticamente que me llego a morder los labios. Me los hizo sangrar un poco. Allí estaba la fiera que yo conocía, la

indomable. Lamió un poco de mi sangre y eso lo excitó mucho más. Me besaba cada palmo de mi pecho y cuando sintió que no podía más, hizo que mi miembro se lo introdujera en su vagina, dando un grito de excitación. Y allí los dos al borde de la cama, sentía como su cuerpo se contorneaba rítmicamente. Ella era la protagonista como en el libro. Y yo era su amante perfecto como en el libro. Pero nuestra historia era real y los dos lo sabíamos. Creo que sin lugar a dudas habíamos renovado nuestra promesa, no una promesa de amor sino de amantes. De amantes furtivos, que nació de la ficción de una historia para hacerlo una historia real, viva, ardiente y sumamente visceral, como para escribirse un nuevo libro, pero esta vez con tinta de sangre. Y eso es la nueva promesa que quedará pendiente.